

¿REFORMAS DE DETALLE O CAMBIO ESTRUCTURAL?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

La Iglesia católica, aunque siempre con retraso, ha estado preocupada en este siglo por la situación económico-social del mundo. La encíclica sobre "El progreso de los pueblos" fue una muestra insuficiente, pero muestra al fin. En España surgen a veces voces esporádicas de obispos que llaman la atención acerca del problema. Sin embargo, no hace falta nada de todo esto para haber llegado a un claro consenso en el país: la situación económica general es grave.

Desde las voces de la oposición, pasando por toda suerte de técnicos en la materia, hasta llegar al ministro Villar Mir, el coro es unánime en el diagnóstico. Nuestro producto nacional bruto prácticamente no subió en 1975: la formación bruta de capital descendió el 5 por 100 sobre el año anterior. El déficit comercial asciende a la preocupante suma de 470.779 millones de pesetas. En el turismo, los ingresos han disminuido el 10 por 100. La Administración Central ha tenido que recurrir al apoyo del Banco de España por unos 60.000 millones de pesetas (según informe del Banco de Vizcaya). El índice oficial del coste de vida incrementó el 14 por 100. El paro subió a más del 5 por 100 de la población activa, según estimaciones no oficiales; pero ficticiamente paliado, además, con la emigración de trabajadores al extranjero. Los malos pagadores se disparan: en Madrid, durante enero último, se registró un aumento de letras protestadas en pesetas del 53,2 por 100 sobre el mismo mes del año anterior. El proceso inversor ha sufrido una fuerte recesión en el año. Por todo ello, la economía se encuentra en una preocupante atonía, sin visos de recuperación en este año, o al menos en el primer semestre de 1976.

En el extranjero se notan algunos síntomas de recuperación económica, pero no de solución social, y aquéllos no sabemos si repercutirán en nosotros ni cuándo notaremos esta influencia, si es que la notamos.

Este es el balance objetivo de la situación de nuestra economía. Y si a esto añadimos el creciente problema social, así como el problema político que está por ahora sin resolver, no cabe la menor duda que aun los españoles más tranquilos y optimistas tienen para fruncir el ceño.

Bastaría haber asistido a las conferencias pronunciadas recientemente en las reuniones de APD para saber que en Europa existen también problemas de decisiva importancia futura que todavía no han sido resueltos, si bien se encuentran más adelantados que nosotros. En estas intervenciones hemos podido escuchar los diagnósticos y el tratamiento que se prevé dar a la grave enfermedad que, según ellos, padece Europa: la del "impacto de los cambios sociales en la empresa". Especialistas franceses, un italiano, un inglés y

varios españoles ilustraron este foro internacional de APD para —desde distintos puntos de vista capitalistas— hacer el análisis de la situación y esbozar líneas de conducta.

Existe —dijeron los extranjeros— un profundo cambio social en el mundo occidental del desarrollo, y hemos de darnos cuenta de él. Cambio social que —se quiera o no se quiera— viene conexas a factores económicos y políticos. Y nosotros estamos dentro de esa órbita, y debemos analizar las cosas con mirada amplia, no sólo dentro, sino fuera de nuestras fronteras, para evitar seguir sólo frenando exteriormente este cambio, porque su desarrollo interno es inevitable. Por eso, después de la ausencia de la cabeza visible del franquismo (puesto que el franquismo está todavía ahí), han surgido en bien pocos meses profundos problemas sociales, económicos y políticos en España, por más que algunos querrian contenerlos con diques provisionales que nada resuelven, ya que el problema sigue existiendo, lo queramos o no lo queramos.

Un espectador imparcial que oyera cuanto se dijo en las reuniones de APD, quedaría perplejo al observar la falta de soluciones proporcionadas a la cuestión allí planteada, la del cambio social en Occidente. Una nueva mentalidad surge en nuestra sociedad occidental; una más afinada conciencia social sale a la palestra todos los días, y se manifiesta claramente un deseo de tener todos los accidentes una presencia activa en los problemas generales (políticos, económicos, sociales, culturales y religiosos). Y esto empieza también en nuestro país. Ya no cabe ni el autoritarismo dictatorial, ni siquiera el paternalismo social o político: estamos ante una era democrática en la que el hombre —todo hombre— ha de contar a la hora de decidir sobre aquello que le afecta.

Eso es lo que nos han venido a decir a los españoles el doctor Gelinier y el profesor Humble: sin actuación participativa, sin personalidad activa de los componentes de la estructura económica, no hay solución a la actual situación, ni a nivel de empresa —que es el plano en el que ellos se situaron— ni a nivel de la sociedad toda si queremos enfocar el problema total.

Lo que allí se dijo me pareció por eso muy previo. No se entró en toda la amplitud del problema, porque los hechos que ocurren en nuestra sociedad occidental requieren ahondar más.

Uno de los directores de la Volvo sueca fue quien en las sesiones de APD dio un paso un poco más adelante: el señor Nedstroem aportó toda suerte de datos concretos positivos sobre la democracia industrial implantada a nivel de empresa en algunas sociedades de su país, y muy concretamente en la Volvo. Allí funciona el grupo más que el individuo como motor

económico-industrial; el equipo de base, el grupo trabajador y no el individuo desconexionado.

A partir del grupo se organiza el trabajo, y cuenta decisivamente la iniciativa de todos estos pequeños equipos en fábricas como la citada. Y el resultado humano y económico es más satisfactorio que en el resto de Europa.

Lo que con esto se evidencia, en mi opinión, es una cosa bien simple: la estructura del futuro debe ser la socialista, y no la del individualismo de jungla que ha fomentado la sociedad de consumo, basada en la competencia agresiva, el egocentrismo despiadado y el materialismo inmediato y sin visión social.

En Suecia todavía no se ha dado el último paso coherente con este dinamismo social que comienza en algunos centros industriales escandinavos. Deben, sin embargo, ser consecuentes y dar un salto más, pasando de la organización más social del trabajo en la empresa, en la escuela y en la seguridad social, a la estructura socialista de la sociedad toda. Y conste que en España todavía no hemos empezado este importante escalón que en Suecia tiene ya que ser superado. Así es como podrán resolverse los problemas crecientes que aparecen en Europa, y muy concretamente en España.

De no hacer esto, permaneceremos en nuestra nación con recetas más o menos individualistas y de detalle —como me parecieron las preconizadas por nuestro ministro de Hacienda en la reciente comida de Acción Social Empresarial—; recetas que ya están en vías de superación y de cambio, por lo menos parcial, a nivel empresarial en casi toda Europa, y que han de estarlo también a niveles más altos de la economía, si queremos estar a tono con los tiempos y resolver los problemas que se plantean en nuestro mundo de Occidente.

Si esto hacemos en nuestro país, abriendo los ojos con amplitud y objetividad a lo que pasa en el Este y en el Oeste, podremos superar nuestro desfase actual y resolver nuestros problemas, sin buscar el engañoso paliativo de las recetas, sino la transformación profunda de la estructura toda de la sociedad a cualquiera de sus niveles, dándole de arriba abajo una estructuración grupal en la cual todo hombre puede tener iniciativa activa y motivaciones sociales al mismo tiempo. ■